

Shhh

Toco el timbre. Me quedo mirando mi dedo que presiona el botón y la uña desconchada que lo culmina. Acerco mi boca a las rejillas por donde debería entrar mi voz si alguien me preguntase quien soy. Aquí nunca soy yo. Nadie pregunta. La puerta se abre de manera automática. *Clic*. Entro. La cierro con cuidado. Camino sin saber si subir por las escaleras o por la rampa. No sé muy bien hacia dónde ir, así que gano tiempo. Ganar tiempo en zona de descuento. Porque aquí, donde nadie pregunta quién eres, los relojes ya no son promesas de nada. Una enfermera me encuentra en medio de mis pensamientos y me lleva por las escaleras. “Nosotras aún podemos mover las piernas”, - me dice. “Enseguida sale tu abuela, espera aquí”- casi susurra. Creo que no quiere que la gente que está sentada en el patio de entrada se den cuenta de su soledad. Así que me quedo al sol esperando. Ahora me sobra todo el tiempo. El que creía haber ganado. Ojalá poder regalar tiempo. Si se pudiese hacer, ¿lo haríamos?. Cuando no hay certezas todo es posible. Mi abuela sale con la enfermera. Va en silla de ruedas. Desde que llegó a la residencia no se ha vuelta a levantar de ella. Se cubre las piernas con una manta blanca que le compré en algún chino y lleva su bolsito negro cruzado donde guarda sus cosas. Ahí guardaremos también todo lo que le traigo de *estraperlo*: unos mantecados y un flan de huevo. Sus nuevos favoritos que iremos variando según temporada. Nos sientan en un extremo de una sala blanca que huele a lejía. Apenas nos hablamos en este pequeño trayecto desde el sol hasta la habitación . Mi abuela me hace *shhh* con el dedo índice en su boca y media sonrisa cuando empiezo a contarle que me he retrasado unos minutos porque el autobús ha salido tarde y *shhh* “no importa, aquí no tengo reloj”- me dice. Entonces imagino a mi abuela como un animal que espera en casa y que nada sabe de relojes solo que de repente ,el aire cambia y todo se llena de un perfume que podría reconocer en cualquier punto del planeta y va contando tus pasos hasta que abres la puerta y se abalanza sobre ti lamiendo tus manos y

moviendo el rabo sin parar. Así es ahora mi abuela. Un animal encerrado oliendo mi piel para no olvidarme entre toda la jauría que ahora la rodea.

Nos sentamos y me besa y me dice que qué bien tengo la cara pero que me peine mejor, que me ponga el pelo detrás de las orejas para que se me vea la cara tan hermosa que tengo, que menuda manía la de taparnos con el pelo. Y yo me quito el pelo que me cuelga y sonrío. Le doy los mantecados y el flan y ella los guarda en su bolso. “Para merendar”- me dice. Quiere una coca cola y se la saco de la máquina que hay en la sala. Aquí cuestan ochenta céntimos. La máquina me devuelve veinte que me guardo en el bolsillo del abrigo. Mientras cae la lata me acuerdo de las tardes en su casa viendo a la que luego sería reina explicar cómo hacer el cambio de pesetas a euros. Seis euros son mil pesetas. Mi abuela aprendió rápido. Pero lo seguíamos calculando todo en pesetas. Porque cinco duros es lo que costaba un polo de limón en verano en la plaza del pueblo y sesenta pesetas el corte de turrón. A veces hasta me echaban veinte duros en la alcancía que me dieron en el banco cuando fuimos a abrir mi libreta. Ahora me guardo los veinte céntimos en el bolsillo del pantalón y me olvidaré de ellos hasta que atasquen la lavadora. Le abro la lata que hace *shhh* y mientras se bebe el refresco me dice que coma, que hay que comer para tener fuerza, que no me enfade con mi madre, que me abroche el abrigo, que si ya no me duele lo que me hizo el dentista, que si hemos ido al campo, que si *la Rosa* ha ido a limpiar las ventanas. Yo le digo que sí a todo aunque no sepa quién limpia su casa ahora que ella no está. Me acuerdo de su cocina en verano, cuando metía las patas de la mesa dentro de las tarrinas de la Nocilla llenas de agua para que las hormigas no se subiesen a la mesa atraídas por el olor de la sandía. En realidad eso fue un invento de mi abuelo. Ya da igual. Cuando la llamé la semana pasada desde Madrid para decirle que hoy iría a verla se echó a llorar. Me dijo que habían vuelto los bichos. Veía bichos por todas partes. Horribles gusanos blancos que reptaban por todas partes. El medico dice que eso es por la edad y el riego. Y yo pienso en el riego del campo. Ese que tienes que ir revisando agujerito por agujerito para ver que cae bien la gota de agua. Le digo que cierre los ojos cuando le ocurra

eso. Que cierre los ojos fuertes. “Yo mataré bichos por ti”, pienso pero no se lo digo. Y lleno una tarrina de helado hasta arriba de agua. Y voy al campo y reviso los agujeritos y con un palo deshago el camino de las hormigas hasta su agujerito. Limpio las migas porque sé que por aquí no tienen que volver a pasar Hansel ni Gretel. Yo mataré bichos por ti. Abro el grifo al máximo. Corre el agua por todas partes. Cierro los ojos. Aprieto sus manos cálidas. Quiero decirle que se irán. Que los bichos desaparecerán. Que vamos a limpiar su cuarto. Que qué quiere que le traiga el próximo día. *Shhhh*. Entra la enfermera enseñando su reloj. Tiempo agotado.